

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



SUSCRICION

Semestre. . . 3 Ptas.
Año. 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm V

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 7 Octubre 1886

Año I

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cént. de peseta

Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los correos vendrán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LA FORTUNA

Hé aquí la diosa de los locos encumbramientos y las rápidas caídas.

El lápiz del celebrado dibujante señor Planas nos ha ofrecido la inconstante divinidad en toda su magnificencia y en toda su volubilidad.

GALATEA

Coronada de algas y flores marinas se levanta Galatea del seno del mar: los delfines colean á sus pies, y las ondas se retiran para dejar al descubierto toda su espléndida hermosura. Tal es una de las más bellas estatuas que decoran los jardines de Versalles, de la cual ofrecemos exacta copia en el presente número.

REVISTA POLÍTICA

Taconeando y blandiendo el bastón de borlas se nos entra D. Ramiro Caracamelos por la provincia. ¿Quién es don Ramiro? Nadie lo sabe, pues el primer documento que nos da fe de su existencia, es el nombramiento de gobernador que publicó la *Gaceta*. La patrona de la calle de Cedáceros sería la única persona que nos podría suministrar datos para la biografía de tan eximio personaje; pero las noticias allegadas en una casa de huéspedes de seis reales con principio, pertenecen á la clase de secretos de la vida íntima, y no seremos nosotros los que profanemos la santidad del misterio.

Sin embargo, la curiosidad, que no se cansa en sus investigaciones, llegó á averiguar que el que hoy es Excmo. Sr. de Caracamelos, ayer era uno de los más asíduos rondadores de la Plaza del Sol y eterno centinela del Suizo, en cuyos parajes se apostaba para soltar á sus amigos cada sablazo que se los envidiara Bernardo del Carpio peleando contra moros. Y cuenta más la fama, pues cuenta que don Ramiro, en sus comienzos, fué simple amanuense de un notario, quien le despidió por no haber logrado corregirle la manía de escribir *hoy* sin *h*; que luego se metió á agente de Bolsa, cuyo oficio tuvo que abandonar por ciertas trabacuentas que se enredaron en sus negocios, y que, desesperado, iba á arrojarle al canal, cuando, al ver por el camino pasar el coche del ministro don Gumersindo, le acometió de repente la idea de meterse á político.

Empezó por pedir audiencia tras audiencia al ministro, dándole en cada una de ellas noticia de tremebundas conspiraciones que suponía haber descubierto, y, agrado el proceder de su actividad y desparpajo, acabó por dispensarle estimación y confianza, hasta el punto

de elegirle por mensajero en los clandestinos secretes que mantenía con la viuda de un brigadier.

El celo y tacto que en este linaje de embajadas desplegó don Ramiro, asombraron á su insigne protector. Rompiéronse un día, políticamente, las relaciones, y como por esta circunstancia quedó don Ramiro sin empleo, el ministro, para recompensar sus leales servicios y para aprovecharlos al mismo tiempo en beneficio de la Nación, le designó en la primera oportunidad para gobernador de provincia, por ser éste el cargo que juzgaba más acomodado á las extraordinarias facultades de su corveidile. Y aquí tenemos á D. Ramiro Caracamelos constituido de golpe y porrazo en rector de los intereses morales y materiales de la provincia de Taratantina, y gran representante, por ende, de los sanos principios de legalidad, orden y autoridad.

Verdad es que don Ramiro, cuya erudición se había formado con la lectura de folletines y libretos de ópera, así sabía un mes antes de su nombramiento, que hubiese Taratantina en el mundo, como el rey Wamba papagayos, y, por lo mismo, ignoraba por completo costumbres, privilegios y carácter de la región confiada á su alta dirección; pero una buena voluntad y una inteligencia probada en asuntos de índole tan enrevesada como los á que se había venido dedicando don Ramiro, suplen fácilmente á todo.

En hora buena, pues, le ha cabido á Taratantina la suerte de tal gobernador, porque de sus rarísimos dotes es de esperar que no habrá espediente árduo que no se resuelva, punto legal oscuro que no se aclare, medida sabia que no se dicte, peligro ni daño que no se precava, inmoralidad que no se corte, y falta que no se reprima con la energía y el tino peculiares á un fuerte corazón y á un gran talento.

Lo malo para Taratantina será que, á los dos meses de haber puesto D. Ramiro Caracamelos su mano en el gobierno, tendrá que dimitir su cargo por altas exigencias de la política ministerial, dejando á los pobres provincianos la amargura de no haberle podido demostrar su afecto estrechándole fuertemente entre sus brazos todos á la vez, en testimonio de gratitud.

Pero, en tal caso (que es de rogar á Dios tarde en llegar), consuélense los taratantinos que no faltará quien en breve supla con creces la ausencia del señor Caracamelos. Porque... ¡hay tantos Caracamelos en Madrid!

JUAN SALAZAR ROSAS

HISTORIA DE UNA PASION

POR

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

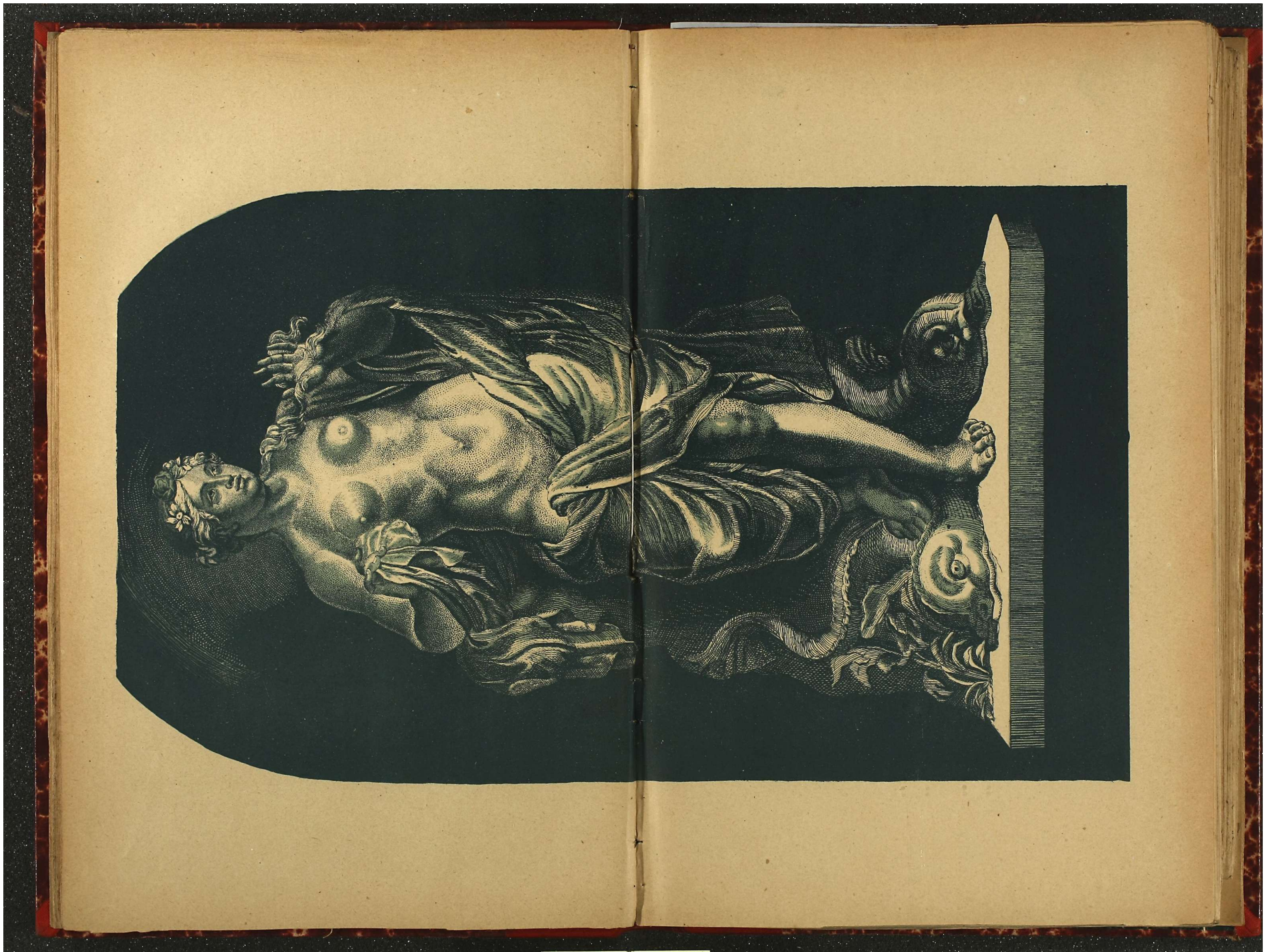
Cogió un blanco clavel la hermosa niña,
lo enredó en sus cabellos con donaire,
atusó las hortensias sonrosadas,
y cerró la ventana. Mudo, exánime
en mi asiento quedé, la vista ansiosa
fija siempre en los diáfanos cristales,
anhelando tras ellos ver al menos
el contorno ó la sombra de aquel ángel.
Inútil esperar, é inútil ronda
la que luego intenté en aquel paraje:
la aparición celeste no volvía
por más que con vehemencia la evocase!
Ya el sol mostraba su inflamado disco
iluminando los profundos valles,
y el trajín cotidiano comenzaba
con mil varios ruidos y cantares.
Los segadores con sus corvas hoces,
invadieron los campos; las sonantes
carretas con estrépito rodaron;
y la gente afluyó en alegre enjambre.
Cual nocturno ladrón que rica joya
logró robar con silenciosas llaves,
y avaro del tesoro que en sí lleva
huye al notar que vá acercándose alguien,
así yo que llevaba en mis entrañas
oculto el resplandor de aquella imagen,
que ya era para mí todo mi cielo,
la riqueza mayor, y el bien más grande,
huí, huí de aquel lugar que entonces
profanaba el tumulto discordante,
y con deseos de encontrarme á solas
y en mi pasión naciente embelesarme,
volé á mi casa, me encerré en mi estancia,
y en fuego el alma y en hervor la sangre,
dejé con libre suelta y con locura
mi joven fantasía despeñarse.

IV

Más pronto la impaciencia
creciendo desmedida,
punzóme con violencia:
que al recordar el alma
aquella hermosa faz,
ni soledad, ni calma
me procuraban paz.
Ansiaba el aire puro,
espacio sin barreras,
lugar quieto y oscuro,
ver pájaros veloces,
estrellas y fulgor,
para contar á voces
mi ya exaltado amor.
Vagando á la ventura
del bosque solitario
metíme en la espesura
llevando al pensamiento
grabada mi visión,
en tanto que violento
latía el corazón.
La tarde era risueña:
la luz del sol poniente
doraba la alta peña.
Las brisas sacudían
las copas del pinar;
las aves se dormían
cansadas de trinar.
De pronto oigo un suspiro;
con sobresalto extraño
entre las ramas miro:
y en un peñón sentada
al fin alcanzo ver,

llorando desolada
una gentil mujer.
Eran las trenzas de oro
deshechas en la frente
cendales de su lloro.
Temblaba dolorido
su cuerpo seductor,
cual lirio sacudido
por viento bramador.
Corrí al punto á su lado
como por poderoso
imán arrebatado.
Deseando en un momento
calmar su frenesí,
con cariñoso acento
interroguéla así:
—«¿Puedo sin indiscreción
preguntar á V. la causa,
señorita, de esa pena
que tan cruelmente le embarga?»
Dije, y la niña alzó el rostro
para mirar quien le hablaba.
¡Era ella! ¡Dios mío! ¡Era ella!
la visión de la mañana,
el ídolo de mi mente,
el objeto de mis ansias.
Era ella, llorosa y triste:
¡Oh, qué armonías extrañas,
qué reflejos misteriosos,
y qué perfumadas ráfagas,
invadieron mis sentidos
de dicha embriagando el alma!
¡Allí, junto á mí hecho carne
el ideal de mi esperanza!
¡la ilusión desvanecida!
¡la gloria tan suspirada!
No sé que pasó por mí...
sólo sentí que temblaba,
y creí que hasta las rocas
y las fuentes y las ramas.
Al fin logré reponerme
de mi emoción insensata,
y mirar pude aquel rostro
que, humedecido de lágrimas,
semejaba fresca rosa
de perlas mil escarchada.
Ella me miraba atónita,
yo estasiado la miraba,
y ni ella ni yo sabíamos
concertar una palabra.
—«¡Ay mi cabrita perdida!
¡ay mi Azucena estimada!»
sollozó la niña al cabo
tornando á su queja amargura.
—«Señorita, V. la llora
por muerta ó por estraviada?
osé con supremo esfuerzo,
enrojecida la cara,
preguntar.»—Por muerta, no;
por estraviada, la ingrata!
Mientras yo cogía flores
la dejé pacer retama,
y no la encontré cuando iba
á ceñirle una guirnalda.
—«Dé V. fregua á su quebranto,
pues, ó la vida me falta,
ó vuelvo con la cabrita
antes que la noche caiga.»
Dije, y veloz como un rayo
me lancé por la hondonada,
recorrí las hondas cuevas,
trepé por las cumbres ásperas,
cundo por todas partes
como armonía lejana:
«¡Ay mi cabrita perdida!
¡ay mi Azucena estimada!»

(Se continuará)



MISCELANEA

El mayor ejército del mundo fué el que armó Jerjes, rey de Persia, para destruir la pequeña república griega.

Según Herodoto, dicho ejército se componía de 1,207 galeras y 3,000 naves tripuladas por 517,610 hombres; de 1.700,000 soldados de pie, y 100,000 infantes persas, que, con los 324,000 guerreros que sacó de Tracia, y los 2.641,000 criados, guardias, acemileros, marineros, etc., etc., que le acompañaron, formaban el total de 5.283,220 hombres.

V, sin embargo, estas orgullosas tropas fueron vergonzosamente derrotadas por las escasas fuerzas de la república.

En 1832 el cólera hacía estragos en París. Sabido es que, cuando reina esta epidemia, causa más víctimas el miedo que la enfermedad. Pues bien: el famoso doctor Recamier fué llamado para visitar á un colérico. Entró en la alcoba y encontró al doliente poco menos que agonizando, presa de una violenta rampa. Después de un examen escrupuloso, el sabio doctor sonrió, y, sin previo aviso, arrancó de golpe las ropas de la cama, y empezó á propinar una seria dosis de bofetadas y puñetazos al colérico.

Pusieron los presentes el grito al cielo con la mayor indignación. Más, como el doctor redoblase los golpes, el enfermo hizo un esfuerzo heroico, saltó del lecho y la emprendió furiosamente contra el doctor. Este sacudió el palo, y el enfermo empezó á saltar por el cuarto.

Al fin, cuando los asistentes, volviendo de su asombro, iban á intervenir en la pelea, preguntó Recamier:

—¡Hola, señor enfermo! ¿Han desaparecido las rampas?

—Sí, señor;—contestó éste.

—Pues está V. curado. Ahora descanse V. un poco de la fatiga, tome dos tazas de tila, y ¡al avío!

El enfermo no volvió á sentirse atacado del cólera.

Hé aquí un medio sumamente sencillo para conservar la leche durante un año. Póngase la leche en una botella herméticamente cerrada, é introdúzcase ésta por espacio de quince minutos en agua hirviendo.

Cuando se abre la botella, está la leche como si acabase de ser ordeñada.

Después de una gran batalla, dijo el general á su asistente:

—Dime que hazaña has hecho hoy, porque quiero recomendarte para una gran cruz.

—Mi general,—contestó el soldado;—corté las piernas á cuatro enemigos.

—Las piernas, ¿y por qué no las cabezas?

—Porque ya las encontré cortadas.

—Pero, vecina, ¿por qué no hace V. que calle su hijo? ¡Mire V. que me rompe la cabeza con sus chillidos!

—¡Ay! vecino; si no puedo con él. Todo el día le estoy pegando, y apesar de esto no consigo que pierda el vicio de llorar.

Un miope fué á visitar á una dama, y al salir del salón acabada la visita, se encontró en una antesala en la cual había un espejo que ocupaba un lienzo de pared.

El pobre hombre buscó como pudo la puerta de salida, y después de mucho tantear, se encontró frente el espejo. Su imagen reflejaba en el cristal, pero como dado su defecto oftálmico, no se reconoció, creyendo que estaba allí otro visitante, dijo:—Caballero, ¿sería V. tan amable que me indicase la puerta de salida?

La criada que en aquel momento entró en la sala, y oyó la pregunta, todavía se ríe.

Felipe IV regaló en palacio una sortija á una dama, diciéndole:

—¿Por dónde se va á tu cuarto?

—Señor,—contestó ella,—por la iglesia.

¡SOLO TU!

Pregunta, niña, al corazón amante, abismo ayer, hoy templo ardiendo en luz, qué existe en él, y te dirá al instante:

«¡tú sola, sólo tú!»

Pregunta, ¡oh! sueño de ilusión querida, á mi alma que te adora en frenesí, por quién suspira, y te dirá enseguida

«¡por tí, sólo por tí!»

Si en mi pupila buscas, niña bella, una imagen espléndida, verás cual dulce sol resplandecer en ella, tu rostro, y nada más.

Que es la sangre que hirviendo en raudo giro mi cuerpo enciende con vital calor, aire que bebo, y resplandor que miro, tu amor, sólo tu amor.

JOSÉ PÉREZ SANJUAN

EPÍGRAMA

«Si alguien,—decía Torcuato,— me da un día un bofetón, sin dar espera á la unción, ¡por Dios Cristo que le mató!» Pególe en un arrebató un truán, y al verlo Quirós dijo: «¡mátalo por Dios!» y contestóle el muy tuno, «Yo mato al que me diere uno, pero éste me ha dado dos.»

DONATO GALINDO

CANTARES

No es el oro quien hace los crímenes
sino el egoísmo:
como no es el puñal el que mata
sinó el asesino.

Mujer que se ruboriza
de inocente no se alabe,
pues nadie se escandaliza
del pecado que no sabe.

«Van muy mal los negocios, ¡voto á Judas!»
dicen pobres y ricos:
y es porque hoy nadie da treinta dineros
para comprar á Cristo.

Condena á un día de ayuno
á quien te ame con más fé,
y si no te llama ¡tuno!
la nariz me cortaré.

Las mujeres son estrellas...
vistas de lejos... ¡qué bellas!

Si la voz de la conciencia
se oyera como un pregón,
¡qué de cosas oiríamos
que nos dieran compasión.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica. 2. Pasaje.

SANTA TERESA DE JESÚS

Pompas y galas del mundo
miró con desdén profundo,
arrastradas á sus piés,
y llena de fe bendita
se hizo monja carmelita,
y fundó templos después.
De Jesús enamorada
y de Jesús bien amada,
tanto se unieron los dos,
que de su amor en la empresa
Dios bajaba hasta Teresa,
y ella subía hasta Dios.
Así llevar pudo al suelo
estos secretos del cielo
que en sus escritos se leen,
y ser llamada doctora,
y ceñir la brilladora
luz de los santos su sien.

D.^a MARÍA DE MEDINA

Esposa de Sancho el Bravo
llevó al trono de Castilla,
una espléndida diadema
de virtudes peregrinas.
Don Sancho contra su padre
alzó usurpadora insignia,
y el rencor estalló horrible
entre la regia familia.
Pero la insigne princesa
con su bondad esquisita,
ahogó en cariñoso abrazo
esta discordia intestina.
De su hijo en torno la cuna
bramaron las rebeldías,
que ella al fin con su prudencia
logró domeñar sumisas.
Temprana muerte á Fernando
cortó el hilo de los días,
y otra vez á la gran reina
debióle España la dicha.

JUDITH

La tropa asiria de soberbia llena
derrama su furor por Palestina,
de cada aldea haciendo una ruina,
poniendo en cada cuello una cadena.
Llega á Betulia; contra el alta almena
los rayos de su cólera fulmina,
y el caudillo Holofernes con indina
saña se apresta á una cruenta escena.
Más la hermosa Judith á Dios invoca,
ante el feroz asirio se presenta,
y le ciega, le exalta y le provoca.
La noche llega; la embriaguez aumenta,
y la matrona de Israel derroca
la cabeza del bárbaro sangrienta.

SUSANA

La blanca paloma
mojaba sus alas
del lago tranquilo
en las limpias aguas.
Dos buitres quisieron
clavarle las garras,
más ella huyó presa
de púdicas ansias.
Los buitres burlados
la acusan de infamia,
y á muerte condenan
la casta Susana.
Más llega un profeta,
de Dios en nombre habla,
confunde á los viles
y á la niña salva.

BEATRIZ

Beatriz fué el noble amor casto y sin duelo,
y la luz que al poeta florentino
mostró la senda que conduce al cielo.
Ella á Dante inspiró el poema divino,
que es de la humanidad gala y orgullo,
manantial de poesía peregrino.
Murió la hermosa flor siendo capullo,
y al doblarse en los brazos de la muerte,
su quejido postrero fué un arrullo.
Triste Italia lloró al mirarla inerte,
sintiendo que con Beatriz moría
para hacer más cruel su horrible suerte,
la Musa del amor y la poesía.

ESTHER

Rendido Asuero á la ideal belleza
de la hija de Abihail, llamóla esposa,
y el pueblo de Judá del cautiverio
sintió aflojadas las cadenas roncadas.
Aman soberbio procuró la ruina
del pueblo de Israel levantando horcas
donde infame ministro! pereciesen
de la esposa del Rey los compatriotas.
Clamor inmenso levantó el decreto
y Ester, que al pueblo de su Dios adora,
con pecho noble al Rey clemencia pide,
y el Rey de Aman la orden fatal revoca.

ZORRILLA

Su genio es sólo su ley,
nadie le dobla ni acalla,
y él, sin embargo, avasalla
desde el zapatero al rey.
Surge á su voz soberana
la patria de entre las ruinas
de las torres granadinas,
y la vega toledana.
Si los héroes que canta él
cubrieron de sangre á España,
él hace mayor hazaña
ciñéndola de laurel.
Con Zorrilla morirá
el último trovador;
más su fama vivirá
mientras el Sol de esplendor.

JAIME COOK

El almirante britano
Jaime Cook, con gran valor,
surcó los mares del Polo
siempre en contienda feroz,
con el rigor de las olas,
del hambre con el rigor,
y con las sombras é hielos
de aquella ignota región.
Poner freno á su osadía
sólo la muerte logró;
bajo témpanos helados
abrióle sepulcro Dios,
y en el libro de los héroes
su nombre el mundo escribió.

D O R É

Hay dos ángeles que encienden
en diferente crisol,
uno la llama del genio
y otro la llama del sol.
¿Quién, —dijo un día el primero
al segundo, —de los dos
hace con la luz que enciende
más bella la obra de Dios?
Con desdenosa sonrisa
el otro que esto escuchó,
haciendo como quien canta
«¡Mi-sol! ¡mi-sol!» —respondió.
Picado el colega entonces
se echó á trabajar con fé,
creó el genio del dibujo,
y contestóle: —«¡Do-ré!»

DUMAS

Los héroes de la guerra
conquistaban sus blasones,
sembrando el estérmino,
causando mil dolores.
Los héroes de la ciencia
adquieren prez y fama
sufriendo por los otros,
secando ajenas lágrimas.
Dumas, el sabio químico,
de Francia digno orgullo,
murió, y de sus combates
gozamos el triunfo.
Por él la ciencia logra
robar á Dios secretos:
¡Llor á este glorioso
gigante del progreso!

V E R D I

Cuando la primer cantata
su rica musa entonó,
más de un crítico exclamó:
«¡Esta no es musa! ¡Es «Traviata!»
Cantó otra vez con ardor,
y los que antes le befaron,
admirados exclamaron:
«¡Vaya, que es buen «Trovador!»
¿Qué tal su musa será
cuando estos mismos al cabo,
hoy le están gritando: «¡Bravo!
¡qué hermosas notas «Ay-dá!»
Y á Verdi aplaudiendo asedia
hoy esta turba sumisa,
probando que de la misa
ni siquiera sabe la media.

WASHINGTON

Los hierros en la espalda de los fuertes
son látigos que empujan al heroísmo:
donde cae una lágrima, allí mismo
se abre el hoyo que traga al opresor.
En el cuello del libre puritano
clavó sus garras el leopardo fiero,
Washington alzó al aire el noble acero
y el siervo humilde se trocó en señor.
Fue el limpio rayo de su heroica espada,
faro de libertad, y sol de gloria,
que deslumbrando á la caduca historia
sendas de honor al porvenir mostró.
Pues segando las selvas centenarias,
y rasgando las sombras de la mente,
si á Europa dió Colón un continente,
un nuevo mundo Washington le dió.



